

tiempo inmemorial, como el *Ave maris stella*, ó el *Veni Creator*, tan adaptados á las necesidades de entonces (1); segundo, sustituir aires decentes á aquellos con que Lorenzo de Médicis y su corte solían cantar los himnos compuestos por el duque con una pureza de estilo que no podía esperarse del autor de las *Canciones para bailes* y de los *Beodos*, cuya cínica impudencia contamina la colección de sus obras (2). Á fin de que el pueblo no se desanimase con estas nuevas composiciones, habían cuidado de acomodar á ellas los aires mas populares, como el del *faisán*, el de la *cigarra*, etc., condescendencia que ahorró á los poetas el trabajo de escribir coros expresamente para sus cantos. Savonarola no prescribió de un modo formal las palabras ni la música; pero á fuerza de hacer repetir por voces infantiles las suaves melodías, exhaladas, como un perfume, del corazón de sus piadosos abuelos, consiguió que se apreciaran por los Florentinos en lo que merecían, y esta importante porción del arte cristiano contribuyó á las mejoras introducidas en las otras.

El que no reconociese en Savonarola un dialéctico poderoso, un orador perfecto, un profundo teólogo, un genio vasto y osado, un filósofo universal, faltaría á la verdad histórica y mentiría ante sus contemporáneos. Mejor pudiera alguno querer negarle aquel sentimiento exquisito de lo bello en las artes de imaginación, que no es siempre privilegio de las mayores inteligencias, y que supone una sensibilidad de alma y una delicadeza de órganos, ambas cosas difíciles de encontrarse en un solitario, entregado á las mortificaciones del claustro. Sin embargo, Savonarola poseía en alto grado todo esto.

Desde el principio de su vida monástica se había impuesto el sacrificio de todo aquello que le inspiraba un afecto demasiado vivo; y este sacrificio no le costaba nunca tanto como cuando tenía que desprenderse de la imagen de algun santo, ó de un libro devoto adornado de miniaturas (3). En el convento que proponía á Florencia como un modelo, y que era una utopía cara á un tiempo á su corazón y á su imaginación (4), los hermanos legos debían dedicarse especialmente á obras de escultura y pintura, y colocados junto al santuario, en la fuente de las mas puras inspiraciones, estaban obligados á permanecer allí como Vestales, custodiando el fuego sagrado. Por experiencia propia sabía hasta qué punto podía el pincel de los pintores verdaderamente cristianos ayudar el alma á sacudir su languidez y facilitar sus aspiraciones hacia Dios; pues á menudo le veían de rodillas largas horas ante un Crucifijo de Orsanmichele (5). Podemos también afirmar que su teoría de lo bello, explicada en fragmentos diseminados acá y allá en sus sermones, supera en originalidad y profundidad á todo lo que los escritores de su tiempo han dicho en el asunto,

(1) « Quisiera también que cantáseis alguna vez los himnos de la Iglesia, como el *Ave maris stella*, ó el *Veni creator*, etc. » Sermon del lunes, después del III domingo de cuaresma. En el sermón del sábado, después del II domingo, habla mas claro: « Abandonad los cantos figurados y adoptad el canto llano, ordenado por la Iglesia. »

(2) Los himnos compuestos por Lorenzo de Médicis son en número de diez: su madre, Lucrecia Tornabuoni, que le comunicó todos sus sentimientos de piedad, había compuesto también algunos. (De Lorenzo de Médicis tenemos los *Rimas espirituales*, esto es, la *Representación de San Juan y San Pablo*, las *Oraciones*, ó bien *Capítulos* en tercetos, y nueve, no diez, *Himnos espirituales*. Pueden verse en una edición de 1680, en Florencia y en 4º, con ilustraciones eruditas de Francisco Cionacci.)

(3) BURLAMACHI, pág. 58 y 59.

(4) Idem, pág. 70 y 71. Dice también algo de esto en la peroración al sermón para el domingo de Cuasimodo. El convento debía encerrar doscientos frailes escogidos, que serían puestos en Florencia, como centro de luz, para iluminar toda la Italia.

(5) BARTOLI, *Apol. del Savonarola*, pág. 7.

repetiendo servilmente las trivialidades de Aristóteles y de Quintiliano.

Sin detenerme á hablar de sus ingeniosas explicaciones sobre lo bello, lo verdadero y lo bueno, considerados en relación con la predicación cristiana (1), me contentaré con citar una de las mas singulares digresiones, dirigida especialmente á los artistas (2): « Pero os ruego me digáis ¿ en qué consiste la belleza? ¿ en los colores? no, ¿ en la efigie? tampoco. » La belleza es una forma que resulta de la proporción y correspondencia de todos los miembros y de los colores; de esta proporción emana la cualidad llamada belleza, verdadera en las cosas compuestas: la belleza en las cosas simples es la luz. Ved el sol; su belleza consiste en la luz: ved á Dios, el cual es bello, porque es extremadamente lúcido: las criaturas son tanto mas bellas cuanto mas participan y están mas cerca de la belleza de Dios. Añadiré que cuanto mas bella es el alma, mas lo es el cuerpo. Observad dos mujeres, cuya hermosura corporal sea la misma; pero de las cuales una sea santa y la otra perversa, y no tardaréis en ver que la santa será mas amada que la perversa, y que todos los ojos se dirigirán á ella, aun los de los hombres sensuales. »

Con no menos viveza sentía Savonarola las bellezas naturales, y comprendía mejor que nadie el sentido de aquellas hermosas palabras de San Pablo: *Tan multa genera linguarum sunt in hoc mundo; et nihil sine voce est* (3). En el breve tiempo que residió en Lombardia, fray Jerónimo de Sicilia, que le acompañó en casi todas sus excursiones, se dejaba quizá arrebatado por el entusiasmo que poseía á Savonarola, ante el espectáculo majestuoso y variado que se desplegabá á su vista: elegían entonces algun punto aislado y encantador, y sentándose á rezar sobre la yerba, abrían el libro de los Salmos para buscar un texto apropiado á las maravillas de la llanura y de las montañas, que en su idioma narraba la gloria y grandeza de Dios (4).

Mas de una memoria de este género había dejado fray Jerónimo entre los monjes de Santo Domingo de Fiesole, en cuya compañía había recorrido muchas veces las colinas de los alrededores, dando salida á la celeste poesía que hervía en su alma, y haciendo experimentar á todo el que le oía algo de análogo á lo que experimentaron los dos discípulos de Emaus, cuando se preguntaban uno á otro si no habían sentido inflamarse su corazón mientras Jesús conversaba con ellos (5). En la memoria de los demas había quedado esculpido deliciosamente un día en que Savonarola, sirviéndose de la médula extraída de una rama de higuera, formó palomas, que luego distribuyó entre los frailes, explicando con la elocuencia propia del hombre inspirado la doble intención del ave mística en la alianza hecha por Dios y Noé al salir del arca, y en la que selló después con la sangre de su Hijo (6).

No debe, pues, sorprender el hallar artistas y poetas entre los partidarios mas ardientes de Savonarola; antes bien ellos eran los que debían sentir mas viva simpatía hacia el fraile, no solo porque la palabra de este despedía chispas que inflamaban sus corazones, sino también porque los elevaba al puesto sublime de donde insensiblemente habían bajado. No conozco nin-

(1) Iluminar, deleitar, inclinar, son, si se quiere, ideas platonicas; pero, si no otra cosa, á lo menos prueban que Savonarola, aun en la antigüedad, sabía escoger con acierto sus favoritos. Véase el sermón para el sábado, después del III domingo de cuaresma.

(2) El viernes, después del III domingo de cuaresma, sermón sobre el diálogo entre Jesús y la Samaritana.

(3) 1 Ep. ad Cor., c. 14, vs. 10.

(4) BURLAMACHI, pág. 65.

(5) LUCAS, c. 27, vs. 13, 33.

(6) BURLAMACHI, pág. 65.

gun nombre de héroe trasmitido á la posteridad con mas imponente séquito de hombres ilustres de todas clases, y cuesta trabajo persuadirse de que se trata de un simple fraile cuando se enumeran los filósofos, los poetas, los arquitectos, los escultores, los pintores, hasta los grabadores, que se le ofrecieron con entusiasmo para ser, cada uno segun su habilidad, dóciles instrumentos de su gran reforma social.

Á la cabeza de todos colocaremos al famoso Juan Pico de la Mirandola, ingenio universal, que habiendo comprendido ya y admirado muchas cosas antes de encontrarse con Savonarola, se quedó atónito, como si viese un nuevo portento, la primera vez que oyó hablar á este hombre extraordinario. La circunstancia de haber sido Pico muy amigo de Lorenzo de Médicis, aleja de esta admiración todo recelo; como de la que le profesaba Ángel Policiano, quien, si bien apasionado á la literatura profana atacada por Savonarola, no pudo menos de presentarle como hombre insigne, tanto en saber como en santidad, y que predicaba una doctrina celeste con rara elocuencia (1).

El canónico Benivieni, poeta platónico encadenado mas fuertemente aun á la corte y á las preocupaciones de los Médicis, publicó una enérgica defensa de las doctrinas y profecías del predicador, cuando la tempestad empezaba á formarse sobre su cabeza (2).

Pero la clase que dió mas campeones á la causa de fray Jerónimo, fué la de los artistas, entre quienes halló, no solo amigos, sino también apóstoles y mártires: los mas aspiraron á la gloria de morir con él; otros, considerando como extinguida la luz del arte, quisieron, en el exceso del dolor, imponer á su genio eterno duelo: todos perseveraron en el entusiasmo hasta el fin, honrando así su profesión y la especie humana con una fidelidad que el triunfo de los adversarios hacía difícil y aun peligrosa.

Recórranse los varios ramos de las bellas artes desde la base hasta la cúspide, y se verá que Savonarola, ademas de sus conquistas en todas partes, contaba la de los artistas mas insignes. La obra mas bella del mas célebre grabador en piedra dura que ha producido Italia, es un busto de Savonarola que existe en Florencia (3). Los sucesores mas dignos de Maso Finiguerra eran Baldini y Botticelli, el primero de los cuales no contaminó jamás el buril con obras licenciosas ó profanas, y el otro (célebre también como pintor y comentarista de Dante) grabó el *Triunfo de la fe* de Savonarola, con mas perfección que nunca, y á la muerte de este dió un eterno adiós á la pintura, determinado á dejarse morir de hambre antes que volver á tomar el pincel (4). Lorenzo di Credi, aunque no dotado de tan violenta decision, le rindió por otra parte el tributo de un talento puro y nutrido únicamente de inspiración religiosa: á su nombre da mayor valor, entre aquellos reformadores, el ser representante de la escuela de Andres Verocchio, llena de viveza y originalidad, á que perteneció Leonardo de Vinci (5).

Había en el convento de San Marcos un miniaturista, llamado fray Benedicto, heredero de las tradiciones que dejó allí el bienaventurado Angélico de Fiesole, y que fué entre todos el que mostró mas valor

(1) *Insignis et doctrina et sanctimonia vir, celestisque doctrinae predicator egregius*, Epist. lib. IV, ep. 2. Juan de la Mirandola y Poliziano murieron en 1494, antes de la catástrofe de Savonarola.

(2) Obra impresa en 1496.

(3) Juan de las Carniolas. La primera escuela de este género fué fundada por Lorenzo el Magnífico, continuada después bajo la protección de Pedro de Médicis, y trasladada á Roma, donde en tiempo de Leon X floreció Pedro de Pescia, rival de los artistas griegos.

(4) VASARI, *Vita di Sandro Botticelli*.

(5) La resolución que tomó de pasar el resto de su vida en el hospicio de Santa Maria Novella, donde murió en 1530, de edad de 78 años, nació probablemente de la profunda impresión que debió producir en él la muerte de Savonarola.

y resolución. El día que los *Tiepidi* fueron á poner sitio á la iglesia, pidiendo con gritos furibundos la muerte de Savonarola, fray Benedicto se armó de piés á cabeza para defenderle, y no desistió hasta que le dijo su maestro, que un religioso no podía hacer uso sino de armas espirituales; y cuando los sitiadores, habiendo penetrado en el convento, arrastraban á su víctima ante los jueces, que habían dado con anticipación la sentencia de muerte, se necesitó que Savonarola emplease por la última vez su autoridad de prior, para impedir que aquel hombre de alma generosa fuese á morir con él (1).

Baccio de la Porta se encontraba también aquel día en el convento de San Marcos, entre los quinientos ciudadanos que acudieron á defender contra los agresores. Sin faltar nunca á los sermones de Savonarola, ningun artista había comprendido mejor que él sus intenciones sobre la reforma de la pintura. ¡Imagínese, pues, cuál quedaria al ver que tan gran movimiento daba por resultado el suplicio ignominioso del que había comunicado el impulso! Ni el arte ni la gloria tuvieron ya atractivos para él, y corrió á sepulturar su imaginación, marchitada por el dolor, en un convento de Prato, donde tomó en 1500 el hábito, llamándose fray Bartolomé, nombre con que es conocido en la historia (2).

Lúcas de la Robbia, que inventó los bajos relieves vitrificados, había fundado en su misma familia una escuela mística original, que puede decirse llenó la Toscana con sus obras. Los primeros discípulos fueron sus hermanos Agustín y Octaviano; pero la honraron mucho menos que Andres de la Robbia, el cual, en sus figuras de ángeles, vírgenes y santos, se mostró siempre inspirado por las tradiciones de la Umbria; lo que le hizo mas accesible que ningun otro escultor florentino á las impresiones que Savonarola aspiraba á producir en todos los artistas cristianos. De la casa de Andres, dos hijos entraron frailes en el convento de San Marcos, donde recibieron el hábito de manos del prior; los tres restantes se quedaron en el taller de escultor de su padre y le ayudaron á trazar en medallas el perfil de fray Jerónimo, que era para ellos un nuevo profeta (3).

El extranjero que recorre las calles de Florencia con objeto de admirar sus monumentos de todas clases, no tarda en distinguir entre los demas un palacio de grandiosa arquitectura, cuya cornisa, todavía mas grandiosa, es considerada con justicia como una de las mayores maravillas. Este curioso edificio es el palacio de los Strozzi, cuyo remate fué adornado por el arquitecto Cronaca, amigo de fray Jerónimo, del cual tomó tan á pecho las doctrinas y la fortuna, que en su ancianidad segun se expresa el vil adulador Vasari, « llevado de su frenesí por las cosas de Savonarola, » no queria hablar mas que de ellas (4).

En las demas clases se verificaron conversiones no menos preciosas; entre los hombres de guerra se citaba la de Marcos Salviati, que en los dias de peligro se colocaba al lado de Savonarola, desafiando con la mirada á sus mas encarnizados enemigos, y que en la plaza pública « hizo una señal con su lanza, diciendo: « El que pase mas allá de esta señal, experimentará de lo que son capaces las armas de Marcos » Salviati (5). » Entre los nobles Florentinos hubo muchos á quienes llevó al partido de fray Jerónimo cierta devoción caballeresca, mereciendo citarse el

(1) « Fray Benedicto instó mucho por acompañarle; y como no lo permitiesen los ministros, él siguió importunándolos con sus ruegos, hasta que el padre Jerónimo, volviéndose, le dijo: — Fray Benedicto, por obediencia no vengáis, pues yo debo morir por amor de Cristo. » BURLAMACHI, pág. 489.

(2) VASARI, *Vita di frate Bartolomeo*. Habla como miserable adulador que era de los Médicis.

(3) VASARI, *Vita di Luca della Robbia*.

(4) *Vita del Cronaca*.

(5) BURLAMACHI, pág. 453.



valiente y honrado Valori, que cuando llamaba á las armas al pueblo para defender al que apellidó siempre *pastor de Florencia*, fué asesinado vilmente en union de su mujer y sus hijos (1).

Contando Savonarola con la vigorosa cooperacion de tantos personajes ilustres, ora por el ingenio, ora por la sangre, ora por los servicios, juzgó, al ver el inaudito éxito de sus sermones en la cuaresma de 1496, poder inventar un golpe mas atrevido y exponer á los ojos de los Florentinos un espectáculo á que no estaban acostumbrados. El domingo de Ramos recorrió las calles una larga procesion, que figuraba la entrada de Jesucristo en Jerusalem: solamente los niños subian á 8,000, y llevaban en una mano una cruz roja y en la otra una rama de olivo, excepto algunos encargados de recibir las limosnas para el monte de piedad; seguian las varias órdenes religiosas con el clero, luego una multitud innumerable de hombres de todas edades y condiciones; y por último, niñas vestidas de blanco, con guirnaldas en la cabeza, y acompañadas por sus madres, que cerraban la marcha. Nadie se acordaba de haber visto semejante espectáculo en Florencia, el recogimiento de aquella inmensa poblacion, el traje bautismal llevado por los niños de ambos sexos, que alternativamente cantaban salmos é himnos escritos á propósito por el poeta Benivieni (2), las voces infantiles mezcladas armoniosamente al tañido de las campanas, todo esto, dice Burlamachi, hacía creer á los hombres que se habían trasladado á una nueva Jerusalem, y parecia que la gloria del paraíso había descendido á la tierra. Lágrimas de ternura brotaban de los ojos, y muchos *Tiepidi*, que fueron allí con intencion de murmurar y de burlarse, se sintieron hasta tal punto vencidos por la universal conmocion, que solo hallaron en su corazon llanto y bendiciones. En aquel primer dia se celebró el triunfo de la inocencia y de la caridad (3).

Al año siguiente, Savonarola, atreviéndose á mas en vista del éxito alcanzado, dispuso una procesion aun mas solemne que debía representar el principal objeto de sus largas tareas apostólicas, esto es, el triunfo del genio cristiano sobre el paganismo. La parte mas interesante fué confiada tambien esta vez á los niños, que al principio anduvieron de casa en casa pidiendo en nombre de Cristo y de la Virgen, que se les entregase el *anatema*, con cuya palabra significaban todos los objetos de arte y de lujo, que el predicador había reprobado como profanos. Estos sacrificios voluntarios fueron llevados á una pira levantada en la plaza pública, y expuestos á los ojos de los ciudadanos como un botín ganado en el combate contra las potencias infernales. Veianse allí canciones lúbricas, en union de los instrumentos con que se acostumbraba acompañarlas, montones de grabados deshonestos, retratos en cuyo vestido no se había respetado el pudor, las *Cien novelas* de Boccaccio y otras composiciones del mismo género, el *Morgante* de Pulci, todas esas epopeyas burlescas, donde se habían sustituido aventureros libertinos á los héroes de los antiguos libros de caballería, las poesías amorosas de la antigüedad clásica, y las compuestas por imitacion ó de otra manera, tanto en latin como en idioma vulgar; finalmente, una multitud de pinturas y esculturas de gran precio, que los autores ó los dueños ofrecian en holocausto en aquel altar de purificacion. Aunque parecia casi imposible añadir algo á la pompa imponente de la primera procesion, esta produjo, no obstante, mayor efecto sobre el pueblo; tanto porque, habiéndose verificado el jueves gordo, mostraba el mágico poder de

(1) BURLAMACHI, pág. 160.

(2) Uno de estos himnos era una especie de canto patriótico que empezaba: *En nuestro corazon ¡viva Florencia!*  
(3) Las limosnas reunidas en la procesion, ya en dinero, ya en alhajas, fueron tantas que bastaron para fundar cuatro montes de piedad, uno por cada barrio; lo que hizo subir de punto el furor de los usureros y banqueros.

Savonarola para contrariar los usos mas inveterados, como porque el orden mismo de la fiesta había sido concebido mejor que la vez primera, y todas las artes cristianas contribuyeron á aumentar su magnificencia. Entre otras cosas, atraía la admiracion un niño Jesus esculpido por Donatillo y colocado en un pedestal de oro, desde el cual daba la bendicion con una mano y señalaba con la otra una cruz, los clavos y la corona de espinas. Despues de atravesar la ciudad recogiendo limosnas, y cantando alternativamente salmos é himnos, los niños entonaron una invectiva escrita contra el carnaval, cuya figura monstruosa, emblema de las innobles inclinaciones, sentada encima de la pira, fué victima de las llamas, en medio de las aclamaciones del pueblo que venian el sonido de las campanas de palacio y el estrépito de las trompetas.

Cualquiera supondria que esta progresiva exaltacion había llegado á su apogeo, y que los resortes, tanto tiempo tendidos con violencia, debian aflojarse poco á poco; pero sucedió precisamente lo contrario, pues el carnaval siguiente se celebró con la destruccion de un número mucho mayor de obras profanas ó licenciosas, entre ellas muchas estatuas antiguas, cuyos mórbidos contornos expresaban aquel encanto de voluptuosidad pagana, tan bien comprendido por los artistas sensuales de Grecia y Roma (1). Fray Bartolomé llevó escrupulosamente todos sus dibujos desnudos, y siguió su ejemplo Lorenzo Di Credi y otros pintores, que habían comprendido que su arte necesitaba de una pronta regeneracion. Aquella vez fueron aun mas abundantes las limosnas; las imágenes de los Santos y las banderas desplegadas en la procesion mostraron mucho mas el alto grado á que podian llegar la pintura y la escultura cristianas; la pira fué mas elevada, y tuvo emblemas mas expresivos; y el pueblo, en vez de lanzar gritos confusos de alegría al ver aplicarla el fuego, entonó majestuosamente el *Te Deum* (2).

Estas imponentes ceremonias, combinadas con los sermones casi diarios de Savonarola, produjeron una impresion mas profunda en todas las clases de los ciudadanos, porque cada una había sido preparada magistralmente y con tiempo: no era el entusiasmo de un dia tal como lo hubiera podido suscitar un enérgico ignorante y fanático, sino un entusiasmo arraigado en lo mas íntimo del alma; era á manera de la explosion de todos los sentimientos, que este misionero filósofo había puesto allí en fermentacion durante ocho años. Supo graduar su elocuencia de modo que no pareciese jamas retrógrado, ni tampoco estacionario en la larga carrera que se propuso recorrer: de donde resultó que al principiar se quejaban todos de su excesiva sencillez (3); pero á medida que vieron desarrollarse su vasto designio de reforma, el cual abrazaba de una ojeada todas las facultades humanas, viciadas por hábitos gentiles inveterados, los espíritus, que podian soportar aun el deslumbramiento de una luz tan viva, insensiblemente admitieron convicciones mas cristianas; y solo despues de haberlas afirmado por todos los medios que le proporcionaba la ciencia teológica, filosófica é histórica, Savonarola, ya dueño absoluto de los entendimientos y de los corazones, creyó deber herir la imaginacion con aquel aparato de ceremonias medio religiosas y medio dramáticas, que durante tres años consecutivos se reprodujeron, aumentándose cada vez mas su pompa.

No parece que aquellas procesiones triunfales hayan sido turbadas por los *Tiepidi*, impotentes ante la inmensa mayoría de sus conciudadanos; pero su rabia,

(1) Habian dado á estas estatuas el nombre de las mujeres contemporáneas mas famosas, como la *hermosa Benciua*, la *teda Morella*, la *hermosa Bina*, etc.

(2) BURLAMACHI, pág. 128-136.

(3) El mismo Savonarola conviene en ello en su sermón para el domingo de Cuasimodo.

concentrándose, se ensañó mas é ideó nuevos recursos; su celo para suscitar enemigos á Savonarola, donde quiera que hubiese almas é imaginaciones corrompidas, era tan incansable, que nada les faltó para ejecutar sus designios cuando llegó el dia fatal.

Los mas ardientes instigadores de estas iras no eran ya los ancianos, aunque irritados al ver cada dia disminuidas las victimas de su lujuria (1); ni tampoco los profesores de literatura profana, cuya industria había decaído casi tanto como las artes de mano; ni los malos sacerdotes y frailes, si bien maldecidos y censurados con cuanta energia puede comunicar á la palabra del hombre la elocuencia de un predicador sin miedo y exento de culpa; los enemigos mas encarnizados de Savonarola eran los usureros y banqueros, á cuyos ojos era reo del imperdonable delito de haber estimulado con todas sus fuerzas á que se depositasen los capitales en el monte de piedad, establecido para librar de la ruinosa é insaciable usura á los ciudadanos necesitados. Había resultado de aquí una alteracion momentánea en las especulaciones de banco y se concebían serios temores en cuanto al sacudimiento que en lo porvenir recibiría de aquella institucion semejante comercio. Por otra parte, la Reforma, extendiéndose poco á poco á muchísimos objetos de lujo, amenazaba con empobrecer y hasta con cierta dosis de corrupcion en el siglo para conservar sus parroquianos; en consecuencia, se formó entre ellos y los banqueros una confederacion formidable, cuyas ramas llegaron hasta Roma, donde la familia desgraciadamente famosa de los Borgias causaba aun mayor espanto con la impunidad que con la enormidad de sus crímenes. Á tan audaces violadores de toda ley humana y divina los sermones de Savonarola no podian parecer sino declaraciones sediciosas de un sectario: así los banqueros, los usureros, los mercaderes que multiplicaban contra él las delaciones y calumnias (2), fueron bajo cuerda excitados en todas las maquinaciones que urdian para perderle, produciendo, al cabo de ocho años de intrigas y bajezas, sus tramas preparadas tanto tiempo con arte infernal el trágico desenlace que nadie ignora.

Ademas de este vil interes de especulacion, de usura, de cambios, Savonarola había arruinado y reprimido otro, quiero decir, el interes de ambicion y de amor propio, sobre el cual velaba esta clase de ciudadanos con no ménos cuidado que sobre el otro. ¿No había tenido el insolente predicador la osadía de decir á los padres de familia, que una educacion consistente en hacer estudiar á los niños algunas poesías profanas, y enviarlos luego á una casa de banco á aprender en ella los cambios y las usuras, era igualmente dañosa al alma y al entendimiento (3)? No había llenado la medida, prediciendo una constitucion política, que debía quitar á los grandes capitalistas el enorme poder ejercido hasta entónces por ellos en los negocios públicos?

Tal es el secreto de la preferencia que Savonarola daba al gobierno popular, y de su invencible repugnancia hácia la administracion de los Médicis. Como hombre de inteligencia, y sobre todo como hombre de

(1) Véase el sermón del miércoles santo. En otro lugar los reprende, comparándolos á los ancianos que denunciaron á la casta Susana; sermón del I de adviento.

(2) Savonarola acusa formalmente de ello á los usureros en el sermón para el martes de Pascua; y el establecimiento del monte de piedad lo haría suponer, aun cuando no hablase de tal cosa. En otro lugar dice: « Vosotros, oh mercaderes que estáis ahí, oidme, sois los que escribís cartas para que no se deje hablar á los profetas, etc. » Sermón del martes, despues del I domingo de cuaresma.

(3) « Lo primero que hacen los padres es ponerlos á aprender poesías, y despues los envían á los bancos á instruirse en los cambios y las usuras; de este modo los forman para ser victima del diablo. » Sermón del lunes, despues del I domingo de cuaresma.

Dios, había concebido horror hácia un gobierno de banqueros; y la idea de depositar el emblema de una magistratura suprema en manos que podian haber sido contaminadas por ganancias inútiles, era en su concepto un trastorno de todas las doctrinas sociales. Esto le inducía á aconsejar tanto á los Florentinos en sus sermones el amor al gobierno republicano (4), no cansándose de repetirles, que era el único proporcionado á las necesidades del país, y que Dios en su misericordia se lo había enviado como remedio de las discordias civiles. Esto, en la intencion del predicador, no significaba que tal forma de gobierno fuese mejor que otra alguna, pues Savonarola no se constituyó en apologista de las instituciones republicanas en el sentido que hoy las entienden los publicistas, y algunos de ellos se han apresurado demasiado á escribir este gran nombre en la lista de sus gloriosos precursores. En sentir de fray Jerónimo el gobierno monárquico era el mejor de todos, y lo decía desembozadamente á su auditorio, compuesto de ciudadanos de una república (2). En la utopia predilecta, blanco de sus mas caras esperanzas, todos los honores eran para el trono; y cuando aplicaba á él aquellas palabras de Zacarías, en que el profeta pregunta al ángel del Señor, qué significan los dos olivos, uno á la derecha y otro á la izquierda del candelabro (3), Savonarola respondía, que uno representaba al papa y á los prelados, los cuales dirigen el Cristianismo á los dias de su regeneracion, y el otro á los príncipes temporales, que todos entónces se empeñarían en defender la Santa Iglesia y en propagar la fe de Cristo (4). Si empleaba otro lenguaje al tratar del pueblo florentino, era porque no encontraba allí los elementos necesarios para constituir una monarquía sobre su verdadera base, y porque creía que el poder de uno solo, depositado en las manos de un Médico ó de algun banquero, serviría, como ántes, á las ideas profanas y gentiles, que tanto imperio habían ejercido en los espíritus durante el siglo que iba á concluir.

El relato de la catástrofe que terminó la vida de aquel grande hombre es ajeno de mi asunto; pero la autoridad que doy á Savonarola, como reformador del arte y de la poesía cristiana, no me permite pasar en silencio lo que se hizo despues de su muerte á fin de restaurar su memoria, contaminada por sus seguidores y verdugos. Desde luego fué una gloriosa reparacion el luto de los artistas florentinos mas insignes; pero otros, no contentos con un homenaje mudo, ántes que las cenizas de su héroe se hubiesen enfriado, publicaron en presencia de sus enemigos escritos apologeticos, pinturas no ménos expresivas y medallas con los títulos mas gloriosos (5).

(1) *Debis*, decía, *hacer una cancion, que todos sepan*, patriótica, pero no de orgia revolucionaria. Léjos de invitar al pueblo á intervenir en el gobierno, se esforzaba en apartarle de esta idea: « Dejad gobernar al que gobierna, y no queráis ingeriros en las dignidades; dejad obrar á Dios, etc. » Sermon del III domingo de adviento. En el que predicó el martes, despues del III domingo de cuaresma, dijo estas hermosas palabras: « Amados ciudadanos, cuando váis á vuestras reuniones, si fuéreis humildes, Dios os iluminará; si no fuéreis tan ambiciosos y soberbios, habrais hecho ahora mil cosas que se han quedado sin hacer » De seguro este espíritu de humildad no es el de algunos republicanos modernos. Por lo demás, es fácil ver, si se considera el conjunto de todas las ideas políticas de Savonarola, que hubiera preferido la peor república á ciertas monarquías.

(2) « Doade hay un buen jefe hay un buen gobierno, y este es el mejor de los gobiernos... » Colocaba inmediatamente despues el gobierno aristocrático, como el de Venecia. Sermon para el II domingo de adviento. En el del III, vuelve á hablar de su preferencia al gobierno monárquico.

(3) ZACARÍAS, c. 4.

(4) Sermon del sábado, despues del V domingo de cuaresma.

(5) « Salen á luz escritos públicos, significantes pinturas » y medallas que le adornan con títulos mas gloriosos. » BARTULLI, *Apol. de Savonarola*, pág. 177.



En Roma, el pincel de Rafael hizo ántes que ninguno la apoteosis de fray Jerónimo, colocándole entre los doctores de la Iglesia en la visita del Santísimo; y el carácter del pontífice, severo y despótico, no deja suponer que Rafael se haya atrevido por sí á inaugurar el retrato de Savonarola en una sala del Vaticano, si no le hubiese sugerido tal idea el mismo Julio, que prefería sin duda esta clase de reparación, la cual aseguraba mayor publicidad para lo presente y mayor perpetuidad para lo porvenir.

En el siglo XVI, no se le creyó solo inocente, sino hasta Santo, opinión tan acreditada entre los Cristianos que la Iglesia Romana juzgó de su deber someter á severo exámen el proceso de Savonarola, y la parte que en él había tomado Alejandro VI. Verificóse este exámen al canonizarse Catalina de Ricci, acusada de haber invocado con frecuencia la intercesión de Savonarola, cual si fuese un Santo, y mientras duró la investigación San Felipe Neri, que tenía en su aposento un retrato del fraile, ceñida la cabeza de una aureola, estuvo rogando á Dios con un fervor llevado hasta la angustia, para que aquel inmortal campeón de la fe cristiana no se contaminase con una segunda condena. Se añade que habiendo sabido por una revelación especial, que la memoria de su héroe saldría pura é inmaculada de esta última prueba, no supo refrenar los trasportes de su alegría participando de ella muchos fieles, á cuyos ojos semejante resultado equivalía á una canonización formal. En este punto la corte de Roma llevó tan lejos la indulgencia respecto de la opinión pública, que dejó vender y circular libremente, entre las familias piadosas, retratos y medallas de bronce, con inscripciones en que el bienaventurado fray Jerónimo Savonarola era titulado *doctor y mártir* (1).

En Florencia su nombre no cesó nunca de ser popular, y si el torrente del paganismo, una vez roto el dique que él le había opuesto durante seis años, inundó de nuevo la literatura italiana, no sucedió lo mismo á la pintura; pues las doctrinas espiritualistas, á que Savonarola devolvió su vigor, fueron conservadas y se difundieron mucho en el siglo XVI por un pequeño número de artistas cristianos, entre los cuales el entusiasmo por su arte permaneció inseparable de la veneración tributada á la memoria de aquel á quien habían mirado como pastor y maestro.

(B) pág. 71.

#### ELECCION DE CARLOS V.

Véase lo que el cardenal Gaetano decía á Leon X en 29 de junio de 1519, sobre las cuestiones que se originaron en la Dieta, al tratarse de la elección disputada por Luis XII y Carlos V:

«... Ayer me escribió el secretario de S. M. en alemán, refiriéndome minuciosamente todo lo que el arzobispo de Maguncia ha expuesto en la Dieta á los electores, sobre la nueva creación del emperador, habiendo hablado con mucha extensión contra los dos príncipes que pretenden el imperio, esto es, Carlos de Austria, rey de España, y Francisco I, rey de Francia. Sus razones de mas peso han sido: que ellos, en calidad de electores, están obligados por la ley y por su juramento á no elegir á un extranjero por emperador; que están, además, seguros de que si eligiesen al rey Francisco, este procuraría ante todo hacer prosperar su reino, lo que no conseguiría sino cercenando el de otros; por ejemplo, sometiendo bajo cualquier pretexto alguna de las ciudades libres al reino de Francia, cuya posesión sabe le pertenece, y por herencia á sus hijos, sin que nada de esto acontezca res-

(1) BARTOLI, pág. 483 y siguientes.

peto del imperio. Procuraría igualmente quitar la Flándes y el Austria á Carlos, á quien, con la mera esperanza que tiene de obtener el imperio, ha declarado ya la guerra. Seguiríanse, pues, disturbios y grandes penalidades en la Alemania, y también disensiones y guerras civiles, por la diversidad de las pasiones y de los afectos de estos príncipes y pueblos. Si Carlos fuese molestado, los electores y todos los príncipes cometerían una gran falta no ayudándole, pues el mundo sabe la obligación que tienen contraída los electores y todo el imperio con Maximiliano, abuelo de Carlos, por quien han sido tan beneficiados así ellos como el imperio. Merecía también considerarse que si el rey de Francia, despues de ser elegido emperador, se apoderaba del Estado de la casa de Austria y aumentaba de este modo tanto sus fuerzas, la primera cosa que haría sería separar á los electores y demas príncipes que defienden la libertad del imperio y de la Alemania, sustituyendo en su lugar otros electores, otros ministros y otros príncipes, que le ofreciesen seguridad de que el imperio no volvería á ser ocupado por ningún alemán, ni saldría jamás del dominio de la Francia; siendo así que, como sabían perfectamente, la principal causa de la creación de los electores había sido conseguir que el imperio jamás saliese de Alemania, ni se confiase nunca á ningún extranjero, á lo cual, según ya había dicho, todos estaban obligados por ley y juramento. Alegadas estas y otras razones, el arzobispo recordó que en estos días el rey de Francia, despues de la gran victoria ganada á los Suizos, ha tomado á Milan, resultando evidentemente que aspira á subyugar toda la Italia, siendo probable que no dejase atrás esta provincia de Alemania; lo cual le sería mucho mas fácil lograr hallándose revestido de la dignidad de emperador y teniendo al país, como suele decirse, por la rienda. Los electores debían además considerar muy bien cuán malo sería aquel rey para conservar la libertad de Alemania, á las ciudades libres y á los príncipes, viéndose por experiencia que en la misma Francia solía haber en los años anteriores muchos príncipes de grande autoridad, especialmente en mantener la justicia y libertad de aquella provincia; y sin embargo, esos principados están hoy destruidos casi todos, y no se encuentra ningún gran personaje que no tiemble á la menor señal del rey, y que se atreva á lo que no sea alabar todas aquellas cosas que los reyes dicen ó hacen, sea lo que fuere.

Tocante á lo que los embajadores y otros hombres del rey han dicho, á saber, que el rey de Francia es hombre de gran poderío, y á la par muy fuerte y valeroso, contestó el arzobispo que en todo eso veía mas bien motivo de temor que esperanzas de conservar un gobierno libre de muchos ciudades, como el de la Alemania. En cuanto á hacer la guerra á los Turcos, según ofrecen los embajadores, ha manifestado que esto sería muy útil y apetecible, principalmente uniéndose la Francia y la Italia con la Alemania; pero que sin embargo, es creíble que el rey de Francia, en teniendo el imperio, no quiera distraer sus fuerzas á países lejanos, si antes no las ha probado y multiplicado en el reino de Nápoles, en Flándes, y en otros muchos lugares que pretende son de la pertenencia, no del imperio, sino de la Francia. Ni hay que fiarse enteramente de las promesas que se hacen por los embajadores y aun por los mismos príncipes, cuando aspiran á conseguir una cosa de tanta importancia como es el imperio; tanto mas cuanto que las intenciones de este rey, de que el arzobispo hablaba como por conjeturas y en virtud de raciocinios, los demas podían empezar ya á conocerlas por la experiencia, pues el mencionado monarca tiene aun las armas en la mano y está dispuesto al combate, según ha dicho. De consiguiente, como por ley, por juramento, por amor á la patria y consideración al cargo que desempeñaban, conocían que no les era dable ni debían de

modo alguno, no digo llevar á efecto, pero ni siquiera pensar en la elección del rey Francisco, necesario era pasar á discutir sobre los otros.

Hablando, pues, de Carlos, dijo que conocía muy bien que, si no todos, la mayor parte de los electores podrían juzgar que el nombramiento de emperador hecho en la persona de Carlos de Austria, rey de España, no era conveniente. Pues poseyendo el reino de España, donde parece acostumbra habitar de continuo, y hallándose á tanta distancia de Alemania, el imperio padecería mucho, especialmente en estos tiempos en que la Alemania se encuentra tan agitada por discordias civiles y amenazada de tan gran peligro por parte del Turco. Convenía además reflexionar, que eligiendo á Carlos emperador, pudiera luego, ó por que lo necesitase ó por algún resentimiento ó encono contra los mas ardientes defensores de la libertad germánica, llevar á los Españoles á Alemania, no siendo difícil calcular el modo como tratarían esta provincia. Sin contar con que las fuerzas de Carlos al presente son muy débiles, y no hay que esperar de él que devuelva al imperio su importancia, y ménos aun que lo aumente en lo mas mínimo. En efecto, si los Españoles tomasen á Milan, es de creer que lo quieran para sí, y lo reunan ántes al reino de Nápoles que al imperio. Por estas y otras razones opinaba el arzobispo que se debía seguir el ejemplo de los antepasados y elegir á un alemán. No obstante, considerando esto con mas detención, conocía que los tiempos que habían trascurrido eran de diversa condición y mejores que los presentes; pues si se eligiera hoy por emperador algún señor alemán, sería tan escaso su poder que los habitantes de la Alemania Baja y del Austria, vasallos del rey de España, no le obedecerían de ningún modo. Si el rey Francisco hiciese la guerra á Carlos en Flándes ó en Italia, el nuevo emperador se cubriría de oprobio permaneciendo en la expectativa, y permitiendo que los Franceses, nación extranjera, le quitasen una parte tan grande del imperio y que penetrasen en su casa por tantos lados. Además de que en tal caso puede creerse firmemente que los príncipes de Alemania, teniendo poco y apreciando ménos á un emperador tan débil, seguirían el curso ordinario de la naturaleza humana, esto es, se acercarían ya al uno, ya al otro de dichos dos reyes; y así la Alemania y el imperio estarían envueltos en la mayor confusión y divididos. Agregándose que en tiempo del emperador Federico III, Carlos, duque de Borgoña, hizo la guerra en Alemania, y Felipe María, duque de Milan, la hacía al mismo tiempo en Italia, con vergüenza del imperio y de los príncipes de Alemania, que, lejos de castigarlos, mostraban temor de que se combatiese contra ellos, como se vió luego, cuando el emperador fué sitiado en Austria, y despues expulsado por los Húngaros, á pesar de ser entónces los Bohemos sus amigos y aliados, y de tener á su favor al marqués Alberto de Brandeburgo, abuelo del mencionado arzobispo, y al duque Alberto de Sajonia. Puede considerarse qué habría que esperar ahora, si se eligiese un emperador alemán, existiendo entre los príncipes de Alemania tantas divisiones. Anadió que había muchas otras razones para creer que los príncipes y las ciudades no querían obedecer á un emperador alemán tan débil, especialmente por motivos religiosos. Si pronto no se provee á estos con un gran brazo y una grande autoridad, podrá sobrevenir una inmensa ruina, no solo para la Iglesia, sino para toda la Alemania; pues que ya los de Sajonia y los Suizos favorecen abiertamente estas nuevas opiniones, sin contar los que deben favorecerla en secreto, como es propio de entendimientos humanos, en que se imprimen con facilidad diversos pareceres, y que desean sobre todo novedades. No hay que esperar estén para acabarse tales disputas, á ménos de reunirse un concilio general: el cual, si el emperador no es poderoso, ni podrá congregarse ni defenderse. Tenemos también la guerra

con el Turco, que deberíamos llevarle á su casa, y no aguardar que la traiga á la nuestra; tanto porque es mucho mas seguro y digno atacar que ser atacado, y arruinar con los ejércitos el país ajeno en vez de que lo sea el que nos vió nacer, como para recobrar los objetos perdidos que pertenecen al imperio, y en especial la Grecia. Se necesitan, si se aspira á esto, mucha gente, muchos amigos, mucho dinero, muchas fuerzas y además mucha reputación, cosas que serían todas pequeñas y en corto número, tratándose de un emperador de entre nosotros mismos.

Por tanto, despues de una larga consulta conmigo mismo (decía el citado arzobispo), despues de rogar encarecidamente á Dios que me abriese, y también á vosotros, un camino, ilustrando nuestro entendimiento en tan graves circunstancias, conozo al fin que de todos los príncipes de la Cristiandad actual, no hay ninguno mejor ni aun igual, atendidas las necesidades del imperio y de la Alemania, que Carlos de Austria, rey de España: si se encuentran en él cosas capaces de excitar el recelo de alguno de nosotros, halláremos sin embargo en cualquiera otro mas motivos de temor y de mucha mayor importancia; pues Carlos es alemán, tiene Estado y provincias en Alemania, y no debe temerse que reduzca á esclavitud á ninguna de las ciudades libres del imperio. Viendo que observamos las leyes y nuestro juramento, en el mero hecho de elegirle, por la circunstancia de no ser extranjero, también él cumplirá el suyo, que le obliga á no transferir el imperio, á aumentarlo en lo posible, á conservar nuestra libertad, y á ser perpétuo defensor de la religion cristiana. Lo mas interesante de todo esto es que tanto vosotros como yo, y cualquier otro, hayamos recibido noticias certísimas, diciéndonos que ese jóven está dotado de índole estimable y generosa; que es de constitución robusta, paciente en las fatigas, accesible á los que van á preguntarle, benigno en las respuestas, ajeno á toda crueldad liberal, magnánimo, y sobre todo, de vivo y admirable ingenio. Además, si consideramos la índole benigna de su padre Felipe y de su abuelo Maximiliano, lo buenos que se mostraron con sus súbditos, y cuán justos y verdaderos amantes de la Alemania han sido, solo hay que aguardar de él mucho bien. No puede negarse que es muy jóven; mas, sin embargo, está aun en edad de saber gobernar, y podrá servirse de los consejeros de su abuelo y de los mejores príncipes de Alemania. En cuanto á las molestias que experimentaría esta provincia y el imperio, si él permaneciese por mucho tiempo lejos de Alemania, estará en nuestra mano remediarlas, haciéndole prometer por ley y juramento no abandonar esta provincia; y es de creer que se someterá á ello con gusto, tanto porque las funciones de emperador le retendrán, cuanto porque así se hallará mas cercano á Italia, donde tiene Estado y reino, y mucho mas porque posee en Alemania varios países y también en Flándes. Vendrá un tiempo en que sea muy útil para pelear contra los Turcos, para impedir que los Franceses causen algún daño en nuestros confines, y para quitarles la Italia, y poner coto á los tumultos religiosos. Por estas razones (decía el elector) y por otras muchas que pudiera alegar y que omito, no solo en beneficio de la brevedad, sino porque estoy segurísimo de que todos vosotros las conocéis y consideraréis tan bien y quizá mejor que yo, me parece que en medio de nuestras turbulencias y en las circunstancias que nos rodean, Dios no nos propone ninguna persona mas á propósito á quien elegir para el imperio que Carlos de Austria, el cual se ha valido hasta de embajadores y de cartas para significarnos su intención con tanta modestia, como habéis visto todos.

Ahora bien, beatísimo padre, me dicen que estas ú otras palabras semejantes del elector de Maguncia, tuvieron mucho eco en la mente de los demas electores, y que, despues de conferenciar un poco entre sí,